

se había constituido y rebaja la historia católica escrita por orden del Sumo Pontífice. No se avergüenza de dar á los notables artículos de la *Unità Cattolica* el nombre de: «Laberinto de estupideces y contradicciones.» Afirma que «los que cuidan tanto de la honra de Colon fabrican su carácter, pervierten su historia, le quitan sus méritos reales para atribuirle los que existen en su imaginación. «Fabrican un Colon ideal y fantástico. Para hacer un santo hacen de él un idiota (1).»

Á fin de juzgar del efecto de la acusación, lo leyó á la Academia de Génova, en su sesión del 19 de junio. El silencio glacial de la asistencia le hizo suprimir una parte de las injurias de que estaba lleno su discurso. Acalló su odio, y habló de un modo infeliz en nombre de la erudición y de la sana filosofía. Parecía que hablaba por el solo interés de la verdad, tomando por epígrafe de su tesis: «Cuán falso consejero es el sentimiento en historia.» Moviale un celo eclesiástico; á fin de evitar toda sorpresa del corazón, deseaba aclarar á la luz de la antorcha de la crítica histórica ciertos hechos importantes de la vida de Cristóbal Colon; ántes que se sometieran al exámen de la autoridad competente. Creía que de ese modo facilitaba el trabajo de la Sagrada Congregación de Ritos.

Su disertación no estaba destinada, á juzgar por su fecha, á ver en seguida la luz pública; mas como en el mes de setiembre salió en la *Civiltà Cattolica* un magnífico resumen de la vida del heroico navegante, y de uno á otro extremo de Italia, aplaudió toda la prensa religiosa las conclusiones del sabio compendio, y la Dirección del *Giornale Ligustico* se asoció á los odios del canónigo Ángel Sanguineti (2) contra el historiador de Cristóbal Colon, al punto fué considerada urgente la impresión del folleto, al cual, por ironía sin duda, fué dado el título de: *La Canonización de Cristóbal Colon*. Para que tuviera más crédito se le autorizó con la aprobación del señor Arzobispo. Protegido entonces por la Academia aquel folleto, recorre todos los caminos de Italia, desde los Alpes al extremo de la Calabria, entra en la Ciudad eterna, llama á las puertas de los príncipes de la Iglesia, se dirige á sabios prelados, é intenta hacer penetrar hasta en el Vaticano la calumnia contra el pobre Colon.

Es digno de notarse que hombres indiferentes, partidarios de la Iglesia libre en el Estado libre, animados repentinamente por una fé viva y ardiente, se han cons-

(1) «Per farne un santo, ne fanno un idiota» A. SANGUINETI. *La Canonizzazione di Cristoforo Colombo*, p. 17. No se le puede felicitar mucho que digamos al Señor canónigo Ángel Sanguineti por esta última frase, copiada del periódico mazziniano el *Movimento*, el enemigo más irreconciliable de la Iglesia.

(2) Para evitar una confusión sensible, pondremos constantemente el nombre de Ángel ántes del apellido del sacerdote Sanguineti, canónigo de Carignan; porque existe en Génova un honrado canónigo del mismo nombre, que es miembro del Cabildo metropolitano, y no profesa contra Colon los sentimientos antipatrióticos de su homónimo.

tituido en tutores de los intereses del Catolicismo, velan por la gloria de la Santa Sede y la protegen con su propia infalibilidad científica. Sin duda la inmensa celebridad de su erudición les autoriza para todo, puesto que se toman las atribuciones de la Sagrada Congregación de Ritos. Su sabiduría no cree que haya lugar á beatificación. Rechazan sobre todo la vía excepcional: Colon no la ha merecido. Sus antepasados arrojaron sobre su memoria una mancha abominable, y no quieren que sea lavada. Esos piadosos académicos nos dan á entender que «ni la Iglesia se deja sorprender por ruidosos acuerdos, ni la crítica histórica se satisface con frases sentimentales (1)» y ventilan infatigables para el sosten de la calumnia. Gracias á ellos, no quedará engañada la Iglesia. Finalmente, los sabios devotos de la Dirección revelan al mundo que la patria de Cristóbal Colon debe, de algunos años acá, al sacerdote Ángel Sanguineti «una hermosa y concienzuda vida del Héroe» (el compendio del protestante Washington Irving). Tenemos pues que el más antiguo de los calumniadores vivientes de Colon es propuesto por sus compadres al reconocimiento de sus conciudadanos. Efectivamente, de treinta años acá se esfuerza en empañar la mayor de sus glorias. ¿Podía quedar sin remuneración tan alto patriotismo?

Aunque el folleto jocosamente intitulado *La Canonización de Cristóbal Colon* fué escrito con motivo de nuestro libro: *EL EMBAJADOR DE DIOS Y EL PAPA PIO IX*, no dice ni una palabra de él. Y, aunque su autor atacó violentamente á la *Unità Cattolica* por haber hecho su elogio, algunos meses después declaró que no tenía noticia de él, ni lo había leído (2). Y efectivamente, no había tenido á la vista nuestra última obra. Su animosidad apuntaba más alto é iba más lejos.

En el fondo, era de menor importancia para él remover la causa de beatificación y salvar la crítica histórica, que combatir la historia católica del primero que llevó la cruz más allá del Atlántico.

Todo lo hecho, dicho y escrito por él y sus amigos, no tiene otro objeto que desautorizar la preciosa historia de Cristóbal Colon, compuesta oficialmente por orden del Sumo Pontífice. De ahí provienen esos ataques, artículos, folletos, cartas, esa difamación infatigable, esa actividad de propaganda y de proselitismo que ha conseguido engañar áun á aquellos cuyo deber era reprimirla desde un principio. Seducido por el feliz éxito que ha logrado, hallando un cómplice donde debiera haber encontrado un juez, ha llegado hasta forjarse ilusiones que hubiera

(1) «Né la chiesa si sorprende con concerti rumorosi, né la critica storica si appaga di frasi sentimentali.» — *Giornale Ligustico*, anno II, num. IX et X, p. 401.

(2) «Io non l'ho né letto, né veduto.» — Carta dirigida al director de la *Unità Cattolica*, número del 20 noviembre 1875.

disipado el más mínimo sentimiento de cortesía y respeto hacia el Jefe supremo de la Iglesia.

III.

¿No hay por ventura, algo de terrible y alarmante en esa atrevida tenacidad con que, de treinta años acá, insulta al descubridor del Nuevo Mundo, ofende á la más elevada individualidad de los tiempos modernos, pretende alejar de ella la veneración de los cristianos, anular el universal testimonio de los Obispos, y hacer prevalecer su odio contra esa voz conmovedora de los pueblos cristianos que se llama la voz de Dios? *Vox populi, vox Dei*. Compadecemos profundamente á los tres ó cuatro canónigos á quienes amistades de infancia, lazos de seminario han cegado hasta el punto de favorecer la conducta del calumniador de Colon. Ignoran el miserable interés que le mueve, y cómo se abusa de su ingenua confianza.

El *Giornale Ligústico* quiere persuadir á sus lectores que nosotros inventamos la santidad de Colon, como hemos creado su historia, sacándola de nuestra imaginación; y que, sin cuidarnos para nada de los documentos antiguos, nos hemos dejado llevar del sentimiento, según un plan preconcebido. Pretende enseñarnos con tono pedagógico que «la historia no se fabrica con el cerebro, sino que es preciso acudir á las fuentes (1). «¡Qué admirable descubrimiento! Los dos amables directores de ese periódico esperan que «Dios mediante, no se ha extinguido aún el buen sentido (2)» en esta tierra y que los mismos á quienes había engañado «la fraseología Roselliana» volverán en sí de su error, después de haber leído la famosa Memoria de su colega el canónigo Ángel Sanguineti.

Por una gracia especial, estos repentinos devotos han llegado de golpe á los más delicados escrúpulos de la piedad. Su conciencia no pudo admitir la santidad de Colon, porque saben muy bien que vivía en concubinato con una pobre muchacha de Córdoba llamada Beatriz Enriquez; después de esto, no le ven bastante aprovechado en la humildad; no ha rehusado títulos ni honores. No estaba suficientemente desprendido del amor á las riquezas. Luego después, se refiere cierta anécdota de eclipse lunar en la que su papel fué poco edificante. Si se indagara más, quizás se hallaría algo más aun. En una palabra, esos nuevos custodios de la honra de la Santa Sede, no admiten la santidad de Colon.

(1) «La storia non si fabrica col cervello: bisogna ricorrere ai fonti»—SANGUINETI.—*La Canonizzazione di Cristoforo Colombo*, p. 18.

(2) «Il buon senso, se Dio vuole, non è spento.»—Esta impertinente afirmación lleva esta firma: *La Direzione*.

Pero ¿á quién harán creer esos buenos señores que una historia, salida de la imaginación, haya sido recibida en serio por la opinión pública, y juzgada bastante importante por los gobiernos de Europa para mandarla colocar en sus bibliotecas? ¿Cómo admitir que Emperadores, Reyes, Príncipes, como también grandes dignatarios de la Iglesia y su augusto Jefe la hayan honrado con su aprobación sin conocerla? ¿Á quién se logrará persuadir que una historia inventada haya podido merecer elogios oficiales, valer á su autor dos cruces de Caballero, dos cruces de Oficial, cuatro cruces de Comendador, las suscripciones de los Ministros de Estado y de la Marina, ser celebrada por toda la prensa francesa, traducida á las principales lenguas del Catolicismo y reimpresa varias veces en todos tamaños? ¡Qué! durante veinte años «la fraseología Roselliana» ha fascinado al mundo hasta el extremo que sabios y literatos no se hayan dado cuenta de su nimia credulidad? ¿es esto admisible? aventurar semejantes ridiculeces ¿no es por ventura burlarse de los lectores?

¿Cómo puede suponerse que todos los venerables firmantes de la Postulación soliciten la introducción de la causa de Colon, sin saber su historia? Precisamente el primer Príncipe de la Iglesia que escribió con ese objeto al Sumo Pontífice, es el que, diez años antes, primero que ninguno, había examinado á fondo nuestra obra, y publicado su análisis crítico en 1856. El primer Arzobispo italiano que se ha asociado públicamente al paso dado por el Eminentísimo cardenal Donnet había estudiado formalmente nuestra historia, y sólo al cabo de once años escribió su carta al Padre Santo. Su E. I. el Príncipe de la Tour d' Auvergne, arzobispo de Bourges, conocía nuestra historia, catorce años antes de hacerse uno de los primeros promovedores de la Postulación. El ilustre obispo de Orleans había leído esta obra en Roma, durante su permanencia en el Palacio Borghese. Dos veces la había leído el arzobispo de París, S. E. el cardenal Morlot, antes de hacer públicamente su elogio. También después de haberla leído dos veces nos dirigió su notable carta impresa, S. E. el arzobispo de Aviñon. El ilustre obispo de Poitiers, Monseñor Pie, cuyo voto vale por sí solo el de toda una Universidad, se asoció á la Postulación, que firmaron Obispos de todas las partes del Globo, por haber meditado en la historia de Colon.

En lugar de sacar la historia de nuestra imaginación, y dejarnos llevar del sentimiento, lejos de ser apologistas, y panegiristas, como dice la camarilla genovesa, hemos ido constantemente á consultar las fuentes primitivas, y hemos sido verídicos y justos, como lo exigía nuestra cualidad de historiadores. Independientemente del testimonio de la prensa francesa, podemos invocar el del mismo gobierno italiano, que es fiador de nuestra rectitud, y rinde homenaje á nuestra veracidad (1).

(1) En los prolegómenos de otro libro hemos reproducido íntegra la carta que recibimos de la secretaría particular del Rey, de la que citaremos aquí solamente el primer párrafo.

Léjos de haber subordinado al sentimiento religioso nuestro papel de historiadores, á la par que reconociamos la accion providencial en nuestro héroe, hemos escrito de una manera tan imparcial y tan libre de toda idea preconcebida, que el público religioso no ha reconocido de pronto la importancia de nuestra publicacion. Los primeros que decidieron del éxito del libro fueron los sabios, los críticos y los eruditos. El periódico oficial del gobierno consignó que su fama habia precedido á la publicidad literaria (1). Muy léjos de haber tenido nuestra obra su punto de apoyo en la prensa religiosa, no ha encontrado en ella ni aliento, ni eco: ésta ha permanecido muda. Si hubiésemos obedecido únicamente al sentimiento cristiano, y querido satisfacer la sensibilidad de las almas piadosas, habriase formado la reputacion de la obra por la prensa católica, el clero y las corporaciones religiosas.

Muy al contrario, los periódicos seculares, los órganos oficiales, las gacetas, las revistas son precisamente los únicos que nos han dispensado acogida. Y aunque compusimos nuestra historia por un mandato augusto, tampoco á la hora presente, despues de veinte años de feliz éxito, á pesar de las traducciones y reimpressiones, no han dado todavía cuenta de ella ni el *Univers*, ni el *Monde*, ni los *Anales Catholiques*, ni ninguna de las *Semaines religieuses* de Francia. No se nos acuse, pues, de haber sacrificado la exactitud histórica á un devoto sentimentalismo. El silencio absoluto de la prensa religiosa desmiente semejante imputacion.

Desde el principio, el *Moniteur*, que era entonces el periódico oficial del Gobierno, el *Pays*, periódico del Imperio, el *Constitutionnel*, la *Patrie*, el *Journal des Débats*, la *Union*, el *Moniteur de la Flote*, el *Siècle*, la *Assemblée Nationale*, el *Journal des villes et campagnes*, la *Gazette de France*, la *Revue Contemporaine*, la *Revue des Beaux Arts*, etc., etc., declararon la importancia de esta publicacion. Los sabios habian dado su fallo ántes de darlo el clero. Hasta despues no vinieron los elogios del Episcopado. Entonces, empero, se mostraron unánimes. Precisamente nos escribía S. E. el Cardenal Guibert, actual Arzobispo de Paris, cuando aun ocupaba la Sede de Tours: «¿Qué puede añadirse á los estímulos y aprobacio-

«Señor Conde,

«Cristóbal Colon fué una gloria de nuestro país y del mundo entero. Su vida tan llena de vicisitudes diversas es un estudio sublime así para el hombre público como para el filósofo. Debe agradecerse mucho, en Italia sobre todo, al sabio historiador que la pone en conocimiento de todo el público, escribiéndola con tan vivo interés y franca verdad.»

(1) «En medio de estos documentos tan positivos y tan numerosos, de esas investigaciones tan nuevas y tan decisivas, que valdrán á M. de Lorgues, ante la posteridad, porque este libro está hecho para ella, el título de restaurador de una gran memoria... un abultado tomo, tan rico de hechos y cosas, cuyo eco ha sido ya tan grande en el extranjero como en Francia, y en el que se han removido y resuelto con la autoridad más decisiva, cuestiones capitales, hasta ahora mal comprendidas, mal juzgadas, ó hasta completamente ignoradas.—*El Moniteur universel*, 2 de setiembre de 1856.

nes dados por el Papa, por tantos Obispos é ilustres personajes, y sancionados por el fallo del público? Seria inútil cuanto pudiera decirse despues de ese fallo solemne.»

La *Bibliografía Católica* se expresaba de este modo el año pasado, con este motivo: «Para la fama del señor Conde Roselly de Lorgues hay un hecho indiscutible: que ese noble escritor es el historiador más completo de Cristóbal Colon, y que, mejor que todos sus predecesores, ha sabido poner en claro esa magnífica figura. Tiene el mérito sin igual de haber reunido todos los documentos que las edades nos han legado; de haber compulsado y comprobado todo cuanto se ha escrito; de haber coordinado esos innumerables materiales, y haberlos transformado en una corona de piedras preciosas. En lo sucesivo no se podrá hablar de Cristóbal Colon, sin haber estudiado las obras del señor Roselly de Lorgues, y particularmente la que presta asunto á este artículo (1).»

¿Resulta algo, por ventura, de todos esos diversos testimonios que indique una historia salida de la imaginacion? En ningun país, entre los más odiosos adversarios del Catolicismo, nadie habia osado suponer que hubiésemos sacado la historia de nuestra imaginacion, ni dirigidose al buen sentido público para desprestigiarla. Sólo podia su historiador recibir semejante insulto en la patria de Cristóbal Colon. Siguiendo el consejo dado á Dante, no nos detenemos; miramos y pasamos (2).

Á despecho de las burlas genovesas, el historiador católico de Cristóbal Colon ha sostenido victoriosamente la prueba de la critica europea y del Nuevo Continente, en sus dos grandes regiones. Hânle atacado con violencia judíos, protestantes, libres-pensadores, pero sin lograr destruir ninguna de sus afirmaciones. No han podido disminuir su crédito, ni hacerle perder nada de su autoridad.

Para acriminarla hoy, se ve reducido el canónigo Ángel Sanguineti á la calumnia. Arguye de falsa una traduccion completamente exacta, y nos la atribuye á nosotros, aunque se halla en las principales bibliotecas de Europa desde DOS CIENTOS DIEZ Y SEIS AÑOS acá. En nuestro libro el EMBAJADOR DE DIOS ya habíamos pulverizado esa miserable imputacion. Con todo es repetida en Génova. Algunos libres-pensadores, unidos á algunos canónigos académicos, no nos perdonan el haber restituido á la Iglesia á Cristóbal Colon, de quien hacian un héroe segun el espíritu del mundo. En vano se enojan por lo que hicimos. Nuestra obra está terminada.

Un solo católico se ha atrevido á levantarse contra nosotros en el espacio de veinte años, y este católico es genoves. Y este genoves es sacerdote. Y este sacer-

(1) *Bibliographie Catholique*, num. 2, fevrier, 1875.

(2) Non regionam di lor; ma guarda e passa...